

Ana Alonso

LOS TEJADOS DE PARÍS



ANAYA

1.ª edición: febrero de 2023

© Del texto: Ana Alonso, 2023
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2023
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

Diseño de cubierta: Lola Rodríguez
Créditos fotográficos: Istockphotos/Getty Images
(Delpixart; Aleksandar Nakic)



ISBN: 978-84-143-1540-8
Depósito legal: M-28436-2022

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

LOS
TEJADOS
DE
PARÍS

ANAYA

OTOÑO DE 2022
Judith

Capítulo 1

UN tintineo de campanas rasgó el vacío y flotó insistente en la oscuridad. El teléfono vibró bajo la mano derecha de Judit, aflojada por el sueño. Sin abrir los ojos, palpó el cristal de la pantalla hasta descolgar. Sentía el pelo aplastado y sudoroso entre su mejilla y la almohada.

—Judit. ¿Estás bien?

Era Marian. Judit recordó la pesadilla de la madrugada, la policía interrogándola, la nube de periodistas en el vestíbulo vanguardista del hotel, siempre congelado por exceso de aire acondicionado.

—¿Judit?

Se incorporó, pulsó el manos libres y buscó a tientas el interruptor de la lamparilla de noche. Una luz dorada bañó su rincón de la cama. Se reflejaba como un farol en el espejo del armario, dejando en penumbra el resto de la habitación.

Se acordó de que el mar estaba fuera, al otro lado de la explanada de cemento del Parc del Fòrum, aquel mar sin olas, silencioso, domesticado como el resto de la ciudad. En el rectángulo de la ventana brillaban las luces distantes del puerto.

—Hola, Marian. Lo siento, estaba durmiendo.

—Mejor. Estaba preocupada. ¿Has abierto redes?

El falsete alegre de la voz de su mánager sonaba apresurado y ronco. Mala señal.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Qué pasa?

—Tenemos que actuar con cabeza. Hay que medir bien cada paso. No has contestado a nadie, ¿verdad?

—Estaba durmiendo.

—Bien. Mejor.

En el silencio que siguió, Judit oyó rodar un carrito de servicio por el pasillo enmoquetado, al otro lado de la puerta. Alguien habría pedido la cena... ¿Cuándo se había hecho tan tarde?

—¿Se sabe algo de Miki? —preguntó.

—Sigue detenido. La chica a la que atropelló ha muerto en el hospital hace un par de horas. Lo tiene crudo.

Judit pensó en la joven atropellada. No había visto ninguna foto suya. Por lo visto, estaba paseando a su perro, que había resultado ileso en el accidente.

Parecía todo tan irreal. Ella había ido mil veces en aquel coche rojo, deportivo, pretencioso. El típico coche de *youtuber*.

—Todavía no han encontrado a la chica que iba con él. Si sabes algo...

—Ya os he dicho a todos que no. No sé qué pensáis, ¿creéis que me presenta a todas las chicas con las que me pone los cuernos? Quiero decir... me ponía.

—Pero conocerás a alguna, seguro. Judit, tienes que contar todo lo que sepas. Te están echando la culpa a ti. Dicen que Miki se dio a la fuga para hacerte bajar del coche y que no te vieras implicada. Hay que encontrar a la que iba con él. Piensa a ver si se te ocurre alguien.

A Judit se le ocurrieron varias posibilidades. Estaba Irina, la modelo rusa que sonreía como una serpiente, o eso le parecía a

ella. Y aquella mexicana tan guapa que en internet se llamaba «Nereida rosa». También podía ser alguna de las chicas de la fiesta de clausura de la convención de *influencers*, la noche anterior. Le había visto tonteando con varias.

—Si hubieras anunciado antes que ya no estabais juntos...

—Cortamos hace tres días. No ha dado tiempo. Y además, tú misma dijiste que era mejor esperar a que terminara la convención.

—Ya lo sé. Solo digo que es mala suerte —insistió Marian—. Te están poniendo como la mala de la película. Has perdido como medio millón de seguidores en unas horas.

—¿En TikTok?

—TikTok, Twitch, YouTube... En todas partes.

—Son fans de Miki. A mí solo me seguían por ser su novia.

—Ya. Pero eso a los patrocinadores no les importa. Están nerviosos.

«La que está nerviosa eres tú,» pensó Judit, pero no lo dijo.

Ella, más que nerviosa, se sentía triste y también, de un modo extraño, sucia, como si la tragedia de la noche (su todavía novio oficial bebido a ciento treinta por las calles de Barcelona y dándose a la fuga después de atropello) le hubiese empapado de sudor la camiseta negra y las sábanas arrugadas.

—Tienes que escucharme bien, Judit. Tú eres una chica muy sensata y sé que me vas a hacer caso, ¿a que sí? De momento, quédate en la habitación, no mires mensajes, ni siquiera WhatsApp. No te metas en redes, en ninguna. No cojas el teléfono, será la prensa.

—¿Tú crees que se ha enterado todo el mundo?

—Nuestro mundo sí. Las noticias vuelan.

—Yo estaba pensando en mis padres...

—Se enterarán antes o después. Y, si pueden, les llamarán.

—Nadie tiene sus datos. Espero.

—Muy bien, Judit. Siempre juiciosa. No eres como Miki, no se te ha subido el éxito a la cabeza. Escucha, ya sé que te va a sonar fatal en este momento, pero yo te aseguro que podemos dar la vuelta a la tortilla y hacer que todo esto juegue a nuestro favor. Los que están furiosos porque no has apoyado a tu novio cambiarán de opinión cuando sepan que lo habíais dejado. Ojalá no hubieses dicho eso de que él conducía siempre demasiado deprisa, pero ahí ya no podemos hacer nada.

—Se lo dije a la policía. No lo he posteado en mis redes.

—No sé a quién se lo dijiste. El caso es que se ha filtrado con tu voz y todo. Hasta hay memes ya... Pero tú de eso ni te preocupes, ya nos encargamos nosotros. Es cuestión de tiempo, hay que dejar que las aguas vuelvan a su cauce. Y, si tenemos la suerte de que la chica que iba en el coche dé la cara... Alguien ha podido verla, quizá alguna cámara... Yo creo que antes o después saldrá.

—Estoy muy cansada —murmuró Judit.

Notó el picor de las lágrimas en los ojos. Había sido una semana de pesadilla. Las discusiones a gritos con Miki, las sonrisas falsas en los *photocalls* después de las broncas, las payasadas continuas de todo el grupo de *influencers* en el restaurante del hotel, las fiestas sosas e interminables...

Solo quería darse una ducha y volver a dormir. Sentía la boca pastosa. Se acordó de que la relaciones públicas del hotel le había dado una pastilla para que se tranquilizara, un orfidal o algo así. Por eso estaba tan aturdida.

—Tú descansa. No hagas nada y no te preocupes de nada. Le vamos a dar la vuelta —insistió Marian, creyéndose cada vez más a medida que hablaba—. Le daremos un enfoque feminista.

Mira, es un buen momento, tu personaje se nos estaba agotando. Había que darle un giro y esto nos puede venir que ni pintado. Si lo vendemos bien, tu ruptura puede darte más de lo que te quita. Tenemos que explotar esto bien. Tú ya has hecho cosas en la línea #thatgirl. Podemos probar por ahí.

A Judit le hacían gracia las expresiones *boomers* de Marian, como aquello de «que ni pintado». Aunque los continuos tratamientos estéticos y su melenita con mechas platino le daban un aspecto juvenil, en el fondo no dejaba de ser una señora de la edad de su madre. Una señorona del barrio Salamanca, como decía Miki.

—Vale, Marian. No te preocupes. Y gracias.

—De nada. Cógeme el teléfono si te llamo. A mí sí, ¿vale?

—Sí, claro. Pero ahora me voy a dar un baño.

Después de colgar, encendió el aire acondicionado y se fue a llenar la bañera. Apagó la luz del cuarto de baño y escuchó el borboteo del agua sentada en el váter. Fue a por el móvil y encendió una *app* de cromoterapia. La pantalla proyectó una luz verde sobre los azulejos negros.

Se desnudó y se metió en el agua. Estaba ardiendo. Tuvo que esperar a que su piel se adaptara para poder sentarse, y luego tumbarse.

Cerró los ojos. El vapor le empapaba la cara y el pelo. Tenía la nuca apoyada en el borde fresco y liso de la bañera. Era una sensación agradable. Durante un rato, no pensó en nada. Era un cuerpo hundido en el agua caliente, un manojo de terminaciones nerviosas estimuladas por la humedad y la temperatura. El mundo de fuera había dejado de existir.

Cuando empezó a notar frío, se desprendió de la gravedad del agua para ponerse trabajosamente en pie y alargó el brazo hasta alcanzar el albornoz blanco.

Se envolvió en su grueso tejido de toalla, se ató el cinturón y regresó descalza a la habitación en desorden. Ahora tenía frío. Apagó el aire acondicionado.

Volvió al cuarto de baño a por el móvil y, en un impulso, buscó el nombre de su hermana. Tres tonos más tarde, ella lo cogió.

—Qué raro que me llames —dijo Marta—. ¿Pasa algo?

Marta estaba estudiando tercero de Medicina en Valencia. No se llevaban bien... ni mal. Marta era tres años mayor que ella, y nunca le había hecho demasiado caso.

—No pasa nada. ¿Qué tal?

—Estoy estudiando. La verdad es que no me viene muy bien hablar ahora. ¿Es algo urgente?

—No, nada. Se me ocurrió llamarte, solo eso.

—¿Estás en casa con los papás?

—No, estoy en Barcelona.

—Vaya vida. No sé ni cómo sabes dónde estás cuando te despiertas. Yo lo llevaría fatal. ¿Muchas fiestas?

—Bueno, sí... Lo normal. Es trabajo.

Marta soltó una risotada.

—Ya. Mis amigas dicen que qué envidia. Que te paguen por ir a fiestas. «Nosotras aquí matándonos y tu hermana ganando dinero por hacerse fotos...». El mundo está loco.

Judit ignoró el insulto que latía en aquella observación. Se alegró de que Marta tuviese amigas. Siempre le había costado relacionarse.

Sabía por su madre que su hermana estaba encantada con su nueva residencia universitaria. No parecía consciente de que el dinero para pagarla salía de aquellos *photocalls* y aquellas fiestas que despreciaba tanto.

—Si alguna vez quieres venir conmigo a una de estas cosas, solo tienes que decírmelo.

—¿Yo? No sabría qué hacer. A mí eso no me llama. Pero sí te dejo invitarme a un buen restaurante cuando vengas a Valencia. ¿Vas a pasarte por aquí pronto?

—No sé. No tengo delante la agenda.

Por primera vez, pensó que, a lo mejor, todos aquellos bolos y compromisos se caían después de lo ocurrido con Miki. La invadió una mezcla de miedo y esperanza. Por un lado, sería maravilloso tener algo de tiempo libre.

—Oye, ahora no puedo hablar, no quiero perder la concentración. Ya hablaremos, ¿vale? —dijo Marta, intentando sonar amable.

—Vale, no te preocupes. Cuídate.

Marta nunca la hacía sentir bien, pero, al menos, ahora sabía que su familia todavía no estaba al tanto del atropello ni del escándalo en redes. No sabían nada.

Un poco más tranquila, decidió pedir algo para cenar. Llevaba casi veinticuatro horas sin probar bocado. Después de una semana en aquel hotel, donde había estado alojada durante toda la convención, se sabía la carta del *room service* de memoria. Marcó en el teléfono fijo la extensión del restaurante. En cuanto se lo cogieron, pidió una ensalada de salmón y nueces, unos nachos con guacamole y unas croquetas.

—¿Para dos personas? —le preguntó la camarera.

—Sí, sí. Para dos —dijo para justificar el exceso de comida—. Que lo dejen fuera y llamen a la puerta para avisarme.

—De acuerdo. En veinte minutos lo tiene arriba.

Ahora que estaba esperando la comida, no podía dejar de pensar en lo vacío que sentía el estómago. Para hacer tiempo, salió a la terraza. No eran más que las ocho y media, pero se había hecho completamente de noche. El mar era solo un vacío

negro entre las farolas pálidas del Parc del Fòrum y las luces amarillas del puerto.

Se quedó apoyada en la barandilla mucho tiempo, dejando que la brisa fresca y pegajosa de Barcelona le secase el pelo. Le gustaba alojarse en los pisos altos de los hoteles. Desde allá arriba, el mundo parecía de juguete. Tan perfecto e irreal como una de aquellas viejas simulaciones de los Sims.

Escuchó un par de golpes decididos en la puerta. Esperó a que el carrito y los pasos se alejasen por el pasillo para abrir y recoger la bandeja. Se la llevó a la cama, se sentó con las piernas cruzadas bajo el albornoz todavía húmedo y probó los nachos mientras, con la otra mano, encendía la tele.

Noticias en inglés. Noticias en árabe. Noticias en un idioma que no identificó. Siguió zapeando hasta encontrar un canal de dibujos animados. Estaban poniendo un viejo capítulo de *Bob Esponja*. Lo había visto muchas veces de pequeña, se lo sabía de memoria, aunque la serie nunca le había gustado mucho. Le producía una mezcla curiosa de fascinación y repugnancia.

Pasó rápidamente por un par de canales de deportes y otro de cocina. En el siguiente estaban poniendo cine antiguo, en blanco y negro. Soltó el mando.

No recordaba haber visto nunca aquella película, pero reconoció a la actriz: Audrey Hepburn. Le encantaba Audrey. Tenía ojos de lista y sonreía como si realmente estuviese contenta.

La siguiente media hora fue casi perfecta. Las croquetas de jamón ibérico estaban cremosas y sabrosas, el guacamole, suave, los nachos, crujientes, y la historia de la película, deliciosamente improbable, la atrapó desde el primer momento. Audrey era la joven hija del chófer de una familia rica. En la

película, se llamaba Sabrina. Estaba enamorada del hijo pequeño de la familia, un inútil y guapo donjuán llamado David. El hijo mayor, Linus, era Humphrey Bogart. David no hacía ni caso a Audrey, así que ella intentaba suicidarse poniendo en marcha a la vez los ocho coches del garaje... La rescataba Linus.

Y entonces, para olvidar, Sabrina se iba a París. Allí aprendía a hacer suflés y a vestirse como las francesas. Por alguna misteriosa razón, París la transformaba. Le devolvía las ganas de vivir.

Aparentemente, @JuditB lo tenía todo: fama, dinero, millones de seguidores... Pero cuando su exnovio, aún más famoso que ella, cae en desgracia, la reputación de Judit se desploma también. En un arrebato, decide usar los privilegios que le quedan para mudarse a París y construirse una nueva imagen desde allí. Pero, además de glamurosas fiestas y deliciosos postres, la ciudad del amor le tiene reservadas otras sorpresas, empezando por el enigmático violonchelista callejero que suele pedir limosna a pocos metros de su balcón, y que toca la música más hermosa que Judit ha escuchado jamás.

Una romántica historia sobre la búsqueda de la verdadera identidad al margen de las redes sociales y de las expectativas de los demás, ambientada a las orillas del Sena

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN 978-84-143-1540-8



9

7 8 8 4 1 4 3 1 5 4 0 8

1525296